

MADRID CÓMICO

ADMINISTRADOR
DON JESÚS POLANCO.

PERIÓDICO FESTIVO ILUSTRADO
SALE TODOS LOS DOMINGOS

REDACCION-ADMINISTRACION
ADUANA, 35, TERCERO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID y PROVINCIAS, tres meses, 2 pesetas.—ULTRAMAR, seis meses, 7.—FRANCE, six mois, 5 francs.—PORTUGAL, seis meses, 700 reis.

VENTA.

ESPAÑA, 25 números, 1'50 pesetas.—PARÍS, 25 exemplaires, 2 francs.—LISBOA, 25 exemplaires, 350 reis.

NÚMERO SUELTO, 10 céntimos.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID, librerías de Cuesta, Carretas, 9, y Luna, 3; de Lizcano y C.ª, Jacometrezo, 15; Administracion de Loterías, Clavel, 4, y en la Administracion del periódico.

PARENTESCOS — POR LUQUE.



Ella, le llama mamá.
Esta, responde: ¡hija mía!
Pero hay quien dice, que ya
se ha averiguado, que es tia,
¡Sabe Dios lo que será!

SUMARIO.

TEXTO: De todo un poco, por Constantino Gil. — A Engracia, por F. P. Echevarría. — La careta azul, por M. Ramos Carrion. — A mi querido amigo en peluquería Clarín, por Ricardo de la Vega. — Chismes y cuentos. — Charadas. — Geroglíficos. — Soluciones á las charadas y geroglíficos del número anterior.

GRABADOS: Parentescos, Geografía práctica y Apodos, por Luque. — Actores cómicos, por Arnau.

DE TODO UN POCO.

Desde que empezó el año se le esperaba; pero sobre todo el domingo.

Por las anchas aceras de la calle de Alcalá, semejando á esos ejércitos de hormigas que salen, sabe Dios de dónde, y se extienden y agitan, y van á desaparecer al cabo por ignorado agujero, así los habitantes de Madrid se codeaban y apretaban, y descendían apresuradamente, bajo los rayos de un sol de Mayo, que vertía sobre ellos, ese polvo finísimo de oro calcinado que, como las burbujas del Champagne, lleva en sus entrañas todos los geniecillos de la alegría; esos duendes invisibles que, penetran sigilosamente en nuestras venas, para bailar en ellas esa danza que nos hace estremecer y retornarnos, con todos los saltos y corcovos, que nos regala la felicidad.

En medio de la calle, y como inmensa y movable arteria, por cuyo seno corría y palpitaba toda la riqueza de España, interminable fila de carruajes; que venía desde la calle Mayor, más lejos todavía, de los confines del mundo, acaso, y que, al llegar al Prado, se partía y bifurcaba en dos brazos infinitos, cuyas manos y dedos colosales se apoyaban, la una sobre Atocha, donde duermen los héroes de ayer; la otra sobre el Hipódromo, donde saltan y triscan sobre sus corceles, los héroes contemporáneos.

Parecía desmesurado gigante, tendido sobre la parte más rica de Madrid, y que, ébrio y desmazelado, de tanto bailar y pagar tributos, y derramar su sangre en millares de guerras, buscaba en vano su cabeza, que hace tiempo ha perdido. Sobre él, y á modo de gusanillos, hervían hombres, mujeres y niños, con sus trajes de fiesta, con la sonrisa de la esperanza en los labios, con la mirada viva é inquieta, buscando en vano el Carnaval, que no veían por parte alguna.

Por eso el cielo ha llorado su ausencia, durante dos días seguidos.

Unicamente, en los bailes, es donde la Locura ha hecho sonar su gorro, lleno de cascabeles.

En el último de la Comedia, un marido que tenía sospechas de la fidelidad de su esposa, la encontró disfrazada de beata, y tuvo la paciencia de verla, durante toda la noche, ya con unos, ya con otros, y siempre rebosando alegría y libertinaje.

Al terminar el baile esperó en la puerta del teatro, y cuando ella salió la saludó cortesmente, y le hizo entrar en un coche que tenía preparado.

—¿A dónde me llevas? preguntó la infiel esposa, llena de terror.

—¿No vas vestida de beata? contestó él, tranquilamente.

—Sí; respondió ella temblando.

—Pues bien; á donde debes ir.—¡A las arrepentidas!

..

Pero en cambio, si el Carnaval no ha venido, *El Trovador* y Doña Leonor de Sesé, esos dos hermosos fantasmas, que son los primeros que pueblan el cerebro de la juventud, han abierto las puertas del teatro Español, y han dicho á todo Madrid: ¿Nos conocéis? Somos nosotros; los eternos heraldos del amor y de la poesía. Entrad; venimos lujosamente ataviados; García Gutierrez, que nos creó en la oscura cuadra de un cuartel, teniendo á Cupido por escribiente y á Venus por cantinera, nos va á presentar, cogidos por sus manos, para que nos veáis y soñéis con nuestros amores, una interminable noche, de delirios y ficciones poéticas.

Y Madrid entero se precipitó, para verlos y oírlos, en la pequeña sala del antiguo corral de la Pacheca.

¡Qué hermosa noche! Aquellas decoraciones magníficas, aquellos trajes suntuosos, aquellos versos que, parecían ecos de un laud templado en el cielo por los ángeles, vertían y dejaban caer sobre la apiñada muchedumbre de los espectadores, torrentes de perfumes y de armonías, rocío consolador de sonidos maravillosos que, trasportaban las almas, á los mundos encantados de la poesía.

Aquel era el triunfo del idealismo vestido de flores y coronado de aromas, sobre el realismo seco, frío y descarnado; el del espíritu, todo alas, sobre la materia, toda barro; el del cielo, tachonado de estrellas, sobre la tierra, amasada con sangre.

Y las almas de todos los espectadores, palpitantes de felicidad, no pudiendo resistir á tanta magia y tanta maravilla, se subieron, ébrias de gozo, sobre sus respectivos cuerpos, y obligaron á aquellas manos, dóciles no más que para contar dinero, á golpearse y á engendrar aplausos atronadores, diciéndoles á la vez á cada uno de sus materializados dueños: ¡Aplaude, *bestion indómito*, aplaude; que nosotras estamos hechas con *todo eso* que acabas de oír, que es lo único que vive y vivirá eternamente!

Y cosa extraña; la alegría palpitaba en todos los corazones, los ojos brillaban en esa luz vivísima con que titilan las estrellas en las noches del estío, y sin embargo, las lágrimas rodaban por todas las mejillas.

Nunca he podido explicarme, por qué razón, el dolor y la alegría, causas distintas, producen á veces el mismo efecto: el llanto. Sin duda, como el trabajo corporal produce el sudor, á modo de fresco rocío que, sábia naturaleza, vierte sobre los doloridos miembros, así el trabajo del alma, sea ocasionado por emoción alegre ó triste, producirá también, á modo de calmante, ese otro rocío que se desprende, en forma de perlas, por los ojos: esos miradores de los palacios del espíritu.

* *

Bajé el miércoles á la estación del Norte para esperar á una amiga, y la ví llegar.

Era la misma de siempre. Con su cara de lentaja, su cuerpo de bacalao, y sus extremidades largas y lácias, formadas con hojas de acelgas y de espinacas.

En la mano derecha traía pajiza esportilla, llena de besugos y anguilas; en la izquierda, un brasero, en el que humeaba todavía blanca ceniza, formada con caretas acabadas de quemar.

¡Era la Cuaresma! Los que volvían del baile, la encontraron; y no sé si por cansancio, ó por respeto, doblaron las rodillas al verla pasar. Algunos, tiraron las ya destrozadas máscaras, entraron tras ella en el templo, y oraron.

¡La oración! La oración es un globo, que hincha el gas de la fé, y en el que suben las almas hasta el cielo.

Desgraciados aquellos que, no han gozado el placer de esa hermosa ascension, una sólo vez en su vida.

* *

Un marido calavera engañó á su mujer, la noche del martes, diciéndole que iba á velar á un amigo, enfermo.

Y se fué á cenar con otra señora.

Al final del festín, llegó el marido, á quien creían ausente.

No hubo más remedio: el huésped fué encerrado en la despensa.

Allí pasó la noche: y á las nueve de la mañana, con la espalda llena de ceniza,—pues había dormido sobre una espuerta que la contenía, en union de otros materiales,—volvió á su casa.

—¡Cómo está tu amigo! Le preguntó su esposa.

—Mejor.

—¡Supongo que habrás oído misa y habrás tomado la ceniza?

—Sí.

—Pero, hombre, ¿por dónde la has tomado? le dijo ella, al ver cómo traía el gaban y los pantalones.

—Hija,—respondió el infiel marido,—¡cada uno la toma por donde puede!

CONSTANTINO GIL.

A ENGRACIA.

Como eres, serás y has sido,
siempre un portento de gracia,
no debe extrañarte, *Engracia*,
que en gracia me hayas caído.

Siendo graciosa en extremo,
también lo son tus enojos,
y en vez de helarme tus ojos,
yo con tus ojos me quemó.

Y aquí debiera mentir;
que es, mostrarte despiadada,
la gracia más desgraciada
en que has podido incurrir.

Las gracias te habré de dar,
Engracia, en medio de todo,
ya que de uno, ó de otro modo,
tus gracias puedo admirar.

¡Y quién gustoso no ahogara,
léjos de tí su quebranto,
por ver de cerca el encanto
de tu muy graciosa cara!

Mis sentidos se recrean
dulcemente con tus gracias,
por más que de mis desgracias
tus gracias la causa sean.

Y el no, con que desatiendes
mi súplica, en tu rigor,
en vez de apagar mi amor,
aún más con tu no le enciendes.

Esto consiste, á mi ver,
en que tu no, para mí,
es más gracioso que el sí
de otra cualquiera mujer.

Déjame, pues, vida mía,
noche y día contemplar
tus gracias mil, y soñar
con tus gracias noche y día.

Tu amor mi amor no rehuya,
pues no cesará mi audacia
hasta que me hagas la gracia
de no ocultarme la tuya.

Sé que tu madre y tu padre
ríen batallas por mí:
ella que no y él que sí...
¡Ay, que graciosa es tu madre!

Pues aunque ríen á muerte,
no importa.... trabajo ocioso.
¡Pues estaría gracioso
que yo no pudiera verte!

Sabe, pues, *Engracia* amada,
y á tu madre se lo anuncio,
que á tus gracias no renuncio,
ni por nadie ni por nada.

Que, en mi amante frenesí,
verás mis ojos despiertos
siempre fijos, siempre abiertos,
siempre clavados en tí.

Y cuando veas un día,
y otro día mi pasión,

GEOGRAFÍA PRÁCTICA — POR LUQUE.



Nada, ¡no encuentro mi casa!
Sólo un recurso me queda.
Dicen que este mundo rueda.
¡Esperaré á ver si pasa!

¿cuál será la conclusion?
¡Cuál ha de ser, alma mia!

Tú, dar vida á tu piedad,
y yo, matar mi desgracia:
tú, *Engracia*, en gracia á tu gracia,
yo en gracia á mi terquedad.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

LA CARETA AZUL.

Se casó á los veinte años con la mujer que su padre le destinó desde niño; tuvo tres hijos que, segun opinion de una vecina suya, se murieron de puro feos los pobrecitos; fué siempre á paseo con su esposa y su suegra, á quien llamaba *mamá Gregoria*; no cometió ni la más leve infidelidad en veinticinco años de matrimonio, y llevó siempre con paciencia su nombre de Silvestre y su apellido de Mantecon.

¡Y cuidado, señores, que para llamarse Silvestre Mantecon se necesita paciencia!

Pues tal era el hombre que tengo el honor de presentar á mis lectores, y que vive en la calle del Sombrerete, número 12, cuarto principal.

A las once de la noche, hora en que acostumbraba acostarse, un sábado del mes de Febrero del año próximo pasado, se hallaba D. Silvestre despidiéndose de su esposa y de su mamá política.

—Abrígate bien, Silvestre, le decia ésta, no vayas á coger una pulmonía.

—No tenga Vd. cuidado, mamá Gregoria, contestaba aquél mirando tímidamente á su suegra, á la cual tenia más miedo que al demonio, y eso que era excelente católico.

—¿Cómo te voy á echar de ménos! le decia su esposa.

—Es la primera vez que no paso la noche en casa, ¡y hartito lo siento! exclamaba D. Silvestre.

Y despues de dar un casto beso en la frente á su mujer,

APODOS — POR LUQUE.



Es una chica bonita.
Se dice, si la visita
ó no la visita, un hombre;
y que se llama Purita,
(por mal nombre.)

y de decir á su suegra, que Vd. descanse, salió de casa embozándose hasta los ojos.

¿Cuál era la causa poderosa que obligaba á D. Silvestre á salir á la calle á horas para él completamente desusadas?

Segun habia dicho á su suegra, la enfermedad gravísima de su jefe inmediato, al cual velaban por turno todos sus subordinados, tocándole á D. Silvestre aquella noche.

Pero esto no era sino ese vulgar pretexto de que tantos esposos se han valido para echar una cana al aire, proyecto que nuestro D. Silvestre habia acariciado mucho tiempo, sin atreverse á ponerlo en práctica, hasta que un amigo le decidió á ello, regalándole un billete para el baile de máscaras que aquella noche habia en el teatro de Apolo.

Felizmente, ni mamá Gregoria ni su esposa habian sospechado nada, y D. Silvestre salió á la calle contento como un muchacho que hace novillos por vez primera, y se dirigió al café de Fornos, donde su seductor amigo le esperaba. Cenaron juntos, bebieron Jerez y tomaron ponche de coñac.

D. Silvestre perdió con la última copa el último resto de timidez, y salieron del café dispuestos á pasar una noche de aquellas que en sueños habia visto tantas veces.

El salon del teatro presentaba un aspecto deslumbrador. Cuando entraron los dos amigos se bailaba un wals, y el torbellino de parejas, y la luz, y el calor y los gritos, todo eso que sólo se encuentra junto en un baile de máscaras, acabó de sacar á D. Silvestre de sus casillas.

Como para asistir decentemente á tal diversion era preciso vestirse poco ménos que de etiqueta, y él no podia hacerlo para velar á un enfermo, iba con gaban y camisa de color; pero con objeto de evitar que algun amigo le viese y llegara la noticia hasta su esposa, se plantó un dominó y una careta, y mucho más valiente disfrazado, llegó á convencerse de que era todo un calavera, y se lanzó en medio de los que bailaban, decidido á buscar pareja entre las beldades de toda especie con que tropezaba á cada momento.

Al wals siguió una redowa; D. Silvestre bailó con una

beata, despues con una cantinera, y luego con una madama Pompadour. Pero ninguna de las tres quiso comprometerse á bailar más con él, porque las deshizo los piés á pisotones. ¡El infeliz no había bailado nunca!

Algo desanimado por estas contrariedades, que le hacian desesperar de una conquista con que habia soñado, llegó el intermedio de descanso, y su amigo le hizo subir á un palco donde otros cenaban.

D. Silvestre bebió Champagne, brindó en verso, dijo á gritos que odiaba á su suegra, tiró la careta que le sofocaba, y se lanzó de nuevo al salon, atropellando á todos, echándosela de valiente, gracias á lo cual no le rompieron el alma ochenta veces, y ya se disponia á invitar para la polka próxima á una linda jardinera, cuando una mujer de buen porte, con capuchon de color de rosa y careta azul, le saludó llamándole Teodorito.

—Yo no me llamo así, me confundes con otro, dijo don Silvestre.

—¡Tunante! dijo la máscara dándole en el brazo un pellizquito muy dulce; ¿eres que no te conozco? Tú eres Teodorito García, vecino mio, y me has hecho señas muchas veces desde tu balcon.

D. Silvestre miró á la enmascarada, y observó á través de la careta unos ojos muy negros y muy vivos, y por debajo una barba redonda y fresca con un hoyito enmedio, y una boca graciosa que dejaba ver la dentadura blanca y menudísima. Al observar todo aquello, dijo para sus adentros D. Silvestre:

—¡Pues, señor, conquista tenemos! Poco importa que me confundan con otro; mejor que mejor.

Y un nuevo pellizquito de la desconocida acabó de decidirle, lanzándose con ella á los arrebatos de una polka íntima.

La de la careta azul bailaba peor que D. Silvestre; pero trotaron juntos, y al terminar aquel baile, deseoso de conocer á su pareja, la invitó á cenar.

Ella aceptó y cenó con extraordinario apetito, mientras D. Silvestre, por tomar algo, bebía copitas de coñac.

Al final de la cena, que devoró la desconocida por debajo de la puntilla de su careta, que no quiso quitarse, don Silvestre estaba fuera de sí. Interesado vivamente en conocer á aquella mujer, cuya conversacion le parecia deliciosa, y cuyos encantos físicos se adivinaban detrás del antifaz y bajo los anchos pliegues del capuchon, deseaba verle la cara. Pero ella no cedió.

—Cuando salgamos del baile me conocerás, Teodorito.

Esta era su contestacion, y comprendiendo D. Silvestre que estaba decidida á no quitarse la careta sino fuera del teatro, le propuso retirarse ántes de que terminase el baile.

—Te acompañaré á tu casa.

—No hay inconveniente.

—Tomaremos un coche.

—Me parece bien.

D. Silvestre se puso contentísimo. Alquiló una berlina, y cuando preguntó á su conquistada pareja las señas de su casa para indicárselas al cochero, ella dijo hablando por primera vez con su voz natural y quitándose la careta:

—¡Sombrerete, 12!

—¡Mamá Gregoria! exclamó D. Silvestre, y cayó desmayado en el carruaje.

Hechos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

M. RAMOS CARRION.

A MI QUERIDO DISCÍPULO EN PELUQUERÍA CLARIN.

"E pur, si muove."

GALILEO.

Y sin embargo, la melena no es siempre negra.

VEGA, peluquero.

Hijo mio: No sabes el placer que me causa verte en el terreno que yo queria. ¡Ya me tuteas! ¡Gracias á Dios!

¡Pobre Vega! Te va á sacar canas esta cuestion del pelo negro. Bien se te puede llamar: Vega, peluquero; y en la muestra debes poner: Se riza con Diccionario y en griego.

Esto me dices llamándome de tú y en prosa. Yo lo hacia solamente en verso; pero no importa. Ya me tuteas, ya somos enteramente iguales. ¿Y sabes por qué somos iguales?

1.º Porque yo soy peluquero, y tú tambien, toda vez que tiñes de negro cualquier melena que no lo sea, con ingredientes de Covarrubias.

2.º Porque *El Rosicler* hace reir en el teatro y tú haces reir en el Ateneo.

Porque yo no sé griego, ni tú tampoco, como luego te probaré.

Ahora voy á decirte en lo que no somos iguales, en lo que no nos parecemos.

1.º En que yo soy moreno y tú rubio, y por consiguiente no puedes dejarte la melena y yo sí.

2.º En que yo no critico las obras dramáticas, teniendo, aunque poca, más autoridad que tú para hacerlo, y tú las criticas poniendo á los piés de los *ippoi* (1) á Tamayo y otros respetables escritores, despues de haber tenido el *tupé* (no se de qué color) de publicar en la *Revista Europea* aquella soberana conversacion *astronómica* entre *Julianito* y *Mariquita*, que arde en un candil, y que lleva por título *El mártir de la duda*, debiendo llamarse con más razon *Los tontos de mi lugar*, ó *De tales padres tales hijos*.

Y 3.º En que, dado que yo no tenga sino ligerísimas nociones de griego, no me hacen falta para escribir comedias, ni mucho ménos para discutir contigo, que estás tan cerca de Homero como *Julianito* de las estrellas que miraba embobado, y que tanto daban que pensar á la inocente *Mariquita*. Y á tí te hace falta el griego si has de codearte con los sôcios del Ateneo, cuya seccion de literatura debe elevarse á la silla presidencial para que desde ella les endilgues un discurso en estos ó parecidos términos:

«Señores: Mis cualidades literarias son bien conocidas. (*Muestras de aprobacion.*) Manejando el escalpelo de la crítica he sabido conquistarme una modesta á la par que envidiable reputacion. (*Bien.*) Tengo el honor de haber dicho la verdad respecto de ese teatro *chocarrero, de escalera abajo, desfachatado y poco limpio* que hoy se cultiva. (*D. Ramon de la Cruz, Breton, Serra y otros se tapan la cara. Murmullos.*) ¡Tamayo! ¿Y quién es Tamayo? ¿El autor de *No hay mal que por bien no venga*? ¿Y qué? Una comedia de moral casera... (*Excitacion.*) ¡Ah, señores, y qué fácilmente se han hecho algunas reputaciones! (*Indignacion, voces, protestas.*) ¡A mí no me asustan esos ademanes! Asíéntense ustedes, escuchen y aprendan. (*Cálmase la agitacion.*) Y bien, señores: ¿qué es *El niño de la bola*? Un librito que no me sirve á mí ni para papel de fumar. (*Una voz: Mentecapto. Varias voces: Silencio! ¡Que hable!*) (2) Pues bien, señores: es el caso que un Sr. Velarde suponía que las olas tenían melena, y como las olas no tienen frente ni pelo que les caiga por delante de los ojos, lo cual crec el *Diccionario de la Academia* preciso para que haya melena, como pudo haber creído cualquier otra cosa. (*Nueva agitacion. Risas en la calle de Valverde.*) ¡No me hacen efecto las risas de los cursis! (3) ¡Ah, señores! Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho, que....

Un sôcio levantándose: ¡Séneca dice en todas sus epístolas que V. es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar! Adios, señores.—*Moratin.* (*Grandes risas. Todos se levantan y se van.*)

Clarín: *Se levanta la sesion.*

Este es tu retrato, hijo mio. Ahora, y ántes de darte el golpe mortal que te preparo, probándote que no sabes griego, voy á decirte otra cosa.

Tú debes firmarte desde hoy Clarín leal, por ser este el

(1) *Ippoi*, caballos; *ippos*, caballo.

(2) Mente-capto: *cojido de la mente*.

(3) Clarín dice que es *cursi* consultar el *Diccionario de la Academia*.

signo que te distingue en las discusiones. Vistas por mí las erratas de imprenta cometidas, y avisado oportunamente el director del periódico, las corrije, te envía el número antes de echarlo á la calle, y tú, que ya te estabas ahogando en el mar de tus confusiones, te agarras á un clavo ardiendo; esto es, á un guion mal colocado por los cajistas (que no tienen costumbre de componer griego) en la palabra *Melan-ippos*, y á un *cabellos* por *caballos* (esto sucede todos los días) para hacer un artículo, desentendiéndote de mis correspondencias latinas y de mis contundentes é irrebatibles argumentos. ¡Bendito seas, hijo de mi alma! ¡Tu buena fé corrè pareja con tu buen gusto literario!

En lo primero tampoco me parezco á tí, y abajo tienes una prueba (1). ¿Y á quién le vas tú á hacer creer, Clarinetito mio, que yo he derivado la palabra melena de *Melan-ippos*? ¿Conque he tomado además un adjetivo como sustantivo? ¿Qué me cuentas, deliciosísimo tintorero greco-asturiano? Pues si precisamente eres tú el que.... ¡Ténte pluma! Déjame frotarme las manos de gusto, pensando en el golpe mortal que te preparo.

Antes voy á divertirme un rato comentando tu artículo del martes.

Dices tú: *Así el Sr. Vega, con la fricción que he tenido el honor de suministrarle,*

Pero hijo, esa fricción que tú me has dado, ¿cómo y en dónde ha sido que yo no la he sentido?

Signes tú: *No sólo ha echado chispas, sino griego,* (Has hecho un endecasílabo en prosa.)

Y continúas tú: *Siquiera sea tomando el rábano por las hojas.*

¡Ah pillín! ¡Ahora son dos octosílabos que constan! Si los haces á sabiendas andan á la pata coja.

Otra vez tú: *Bastábale consultar al ilustre Covarrubias,* ¡Otro par de versos! ¡Hijo mio, estás desconocido! ¡Cómo te vas soltando! ¡Óyese entre bastidores una flauta por casualidad.)

Otra vez tú: *Que opina como yo, que la melena viene del griego y significa la cabellera negra.*

¿Como tú opina Covarrubias? ¡Cielos! (2)

¡También él tiñe las melenas rubias!

¡Luego en esta polémica de pelos tú eres muy anterior á Covarrubias!...

Ahí va un parrafito: *Y siempre será escribir mal, sobre todo en obras de arte que piden cierta cultura, usar en sentido metafórico palabras que, al entrar en el tropo, han de perder el valor de su significado vulgar.*

¿En el tropo, eh? Ya te daré yo el tropo. Tú sí que no vas á poder entrar en el Ateneo, despues del golpe mortal que te preparo.

Otro parrafito: *¿Por qué cree Vega que yo le contesto? Pues es porque conozco el juego. Se conspira contra mi humilde personalidad por todos los malos autores, siendo Vega el que da la cara, como se dice, tal vez porque le tocó en suerte.*

¿De veras, hijo mio? Responded vosotros, Blasco, Ramos Carrion, Vital Aza, Echegaray, Pina Dominguez, Estremera, ¡autorcillos chanflones! ¡Responded!—¿Y soy yo el que lleva la batuta en esta orquesta? Te lo agradezco mucho, Clarinetito, pero tú no puedes pertenecer á ella porque eres un clarín destemplado.

Ea, hijo mio, ha llegado el momento fatal. ¡Prepárate! ¡Tiende la cabeza bajo mi cuchilla..... y.....

¡Escucha!

Si como dices, *Melan-ippos* significa exclusivamente el que tiene *caballos negros*, *Melan-ippoi* será los que tienen *caballos negros*. Y si *ippos* es singular ¿de dónde sacas que ese individuo de los caballos ha de tener muchos para ser *Melan-ippos*? ¿Y cómo dirías el que tiene un solo caballo negro? ¿Y cómo, por último, los que (plural) tienen un solo caballo negro?

Pero lo más gracioso es que ni *Melan-ippos* ni *Melan-ippoi* significan el que tiene *caballos negros*. ¡Pobre hijo

mio! ¡Ya empieza á correr tu sangre generosa! Oye ántes de espirar. Para decir en griego el que tiene caballos negros, se dice así: *ἔχων ἵππους μελανας*. ¿Estás? Ó á lo sumo: *μελανιππων*. ¡*Melanippoon!* ¡¡Pon!! No te asustes, hijo mio; no es un cañonazo. Es una *Omega* que hace su oficio.—¿Qué te parece, lucero? Crees de buena fé que pueden decirse más desatinos en ménos palabras? ¿De dónde has sacado que el adjetivo *melas* y el sustantivo *ippos* encierran una oración entera con su pronombre *él*, su relativo *que* y su verbo *tiene*? ¿De modo que un vecino mio muy rico que ha comprado estos días un tronco de caballos negros, es un *Melan-ippos*? ¡Contento se va á poner contigo cuando lo sepa! Ya puedes cuidar de no encontrártelo por ahí.

¿Pero con quién has consultado? ¿Con Covarrubias? Pues hijo mio, siento decírtelo. Covarrubias es un espíritu fofoleto que ha querido divertirse contigo. ¡Hasta los muertos, hijo, hasta los muertos! ¡Válgame Dios!

Por mi parte he terminado la polémica. Te has lucido. Mira si hacia yo bien en querer *examinarte bajito*. Pero, por Dios te ruego que sigas hablando. Los martes sin tí serían, á más de aciagos, tristes. Tú creías que con llamarme Vega, peluquero, sainetero, filólogo, dramaturgo de portal, bruto y autor de *El Rosicler* y de *Los cuatro sacristanes*, probabas que la melena es negra y que tú haces buenos versos; pero yo he caído sobre tí, no con la fuerza del saber ni del talento, sino con la del sentido comun, y te he triturado.

RESÚMEN.

1.º La melena será del color que tenga el pelo que la forme; y aún cuando su origen sea griego,

Usus est jus, et norma loquendi (1).

2.º El poema *Fray Juan* es muy bueno, y *El mártir de la duda* muy malo.

3.º y último. No sabes lenguas vivas, ni muertas, ni enfermas, y apuesto cinco duros de tu bolsillo con cualquiera á que no me equivoco.

Adios, hijo mio. Has hecho el que mató á Favila en toda regla; no dirás que la frase no es culta; he querido que la palabra pierda su significado vulgar para entrar en el tropo.

Te abraza tu maestro

VEGA, peluquero.

P. D. Por falta de espacio no contesto hoy á tu artículo del miércoles. Lo haré en el número próximo.

Prepárame un cubiertito en Fornos, porque estoy averiguando lo de Fabio.

CHISMES Y CUENTOS.

En la Costanilla de los Angeles, han reñido dos mujeres por cuestion de amores, ó de zapateros, que para ellas venia á ser lo mismo.

El resultado de la contienda ha sido horrible. Ambas habrán fallecido á estas horas, segun dicen los periódicos que lo saben todo; hasta si las relaciones que sostenian dichos angeles, digo, dichas mujeres, con el zapatero causa y motivo de la reyerta, eran íntimas ó no lo eran. ¿Cómo demonio lo habrán sabido esos periódicos?

Despues de la representacion de *El Trovador*.

—¿Qué escena la última! ¡Eh! ¡Encontrarse con que los dos son hermanos!

—¿Quiénes?

—¡Hombre! El conde de Luna y el Trovador,

—¡En qué lo has conocido?

—¡Pues bien claro está! El uno es Rafael Calvo, y el otro Ricardo Calvo. Calcula si pueden ser más hermanos.

En la calle del Baño se vé un corro de gente. En medio del corro hay un cadáver que conserva en su mano derecha un cigarro puro del estanco. Constituido el juzgado en el sitio de la ocurrencia, declara el médico forense: ESTE HOMBRE HA MUERTO ENVENENADO. Inmediatamente el juez se encauta del cuerpo del delito y dicta auto de prision contra la direccion de Rentas Estancadas.

(1) Dice Clarín: Errata: en el artículo de ayer, los cajistas pusieron *melas*, aian, en vez de *melas*, aia, an. Y eso que no usan el alfabeto griego.

(2) Una voz en el Ateneo: ¡Viva la modestia!—Varias voces ¡viva!

(1) Que te traduzcan esto en el Ateneo.

GEROGLÍFICOS.

ALTA NOVEDAD.

- 1.º Aquí yace doña Virginia, etc., etc.
Su desconsolado esposo D. Cornelio, etc., etc.
Aquí yace doña Casta, etc., etc.
Su desconsolado esposo D. Cornelio, etc., etc.
- 2.º ¡Zapateta! Que me he quemado.
- 3.º ¡Voto vá!...
- 4.º Un gorrito, un babero, dos mantillas, una capa y....

CHARADAS.

- 1.ª Se come y no habla.

- 2.ª La lleva el señorito, y lo usa la criada.
 - 3.ª La tenemos todos y las comemos muchos.
- Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES Á LOS GEROGLÍFICOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

Al 1.º—Un drama nuevo.—2.º Los Magyares.—3.º Noticia fresca.—4.º Memorias de un estudiante.

IDEM Á LAS CHARADAS.

A la 1.ª Andaluz.—2.ª Asadura.—3.ª Armario.

Madrid, 1880.—Imp. de M. G. Hernandez, San Miguel 23.

ACTORES CÓMICOS — POR ARNAU.



Aunque lo tomeis á guasa—En Variedades estoy—Todas las noches, y soy—La alegría de la casa.